

SANCTI ANSELMI LIBRO SOBRE LA VOLUNTAD DE DIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. Qué se dice de la voluntad de Dios.

La razón humana, aunque siempre debe tratar sobre Dios y decir algo que le alabe convenientemente, no tiene nombres propios para hablar de Él, sino que toma los nombres dados e impuestos a los hombres, y a través de ellos intenta, al menos con una oración sencilla, revelar su omnipotencia: y lo hace recogiendo de estas cosas el efecto de la voluntad de Dios según su justicia oculta, o según su misericordia, o según la venganza de su ira: pues no puede aspirar a la propiedad incomprensible de la deidad. Por lo tanto, nosotros también, deseando decir algo sobre la voluntad de Dios, atendemos al acto de las cosas; ya que no podemos aspirar a la cumbre de su grandeza. Llamamos voluntad de Dios a todo lo que Él mismo obra misericordiosamente en nosotros, revocándonos del error o confirmándonos piadosamente en la justicia. También se llama voluntad la pena y la reprobación de algunos hecha por la justicia oculta de Dios. La voluntad de Dios es (para decirlo brevemente) todo lo que sucede, tal como se encuentra en las criaturas. Pero se dice: Si todo procede de la voluntad de Dios, que se sabe siempre buena y recta, entonces todo es bueno y recto: y si esto es así, entonces es en vano juzgar a alguien como injusto o condenar a un impío: lo cual se encuentra contrario a la fe católica.

CAPÍTULO II. La voluntad de Dios se dice de múltiples maneras.

Por lo tanto, se debe decir que la voluntad de Dios se entiende de múltiples maneras: para que cualquier objeción posterior se aclare sin dificultad. La voluntad de Dios se entiende a veces en las Escrituras, equivalente a su omnipotente presciencia y ordenación que dispone todo sabiamente. De ahí que se diga: "Todo lo que quiso el Señor, lo hizo" (Salmo 113, 3), es decir, todo lo que Dios ordenó hacer desde la eternidad, no dejó nada sin cumplir. También se entiende la voluntad de Dios [según otro texto, el nombre de las cosas], según un cierto afecto de la misericordia de Dios: como allí: "Dios quiere que todos se salven" (1 Tim. II, 4), lo cual es decir, hace que los santos deseen que todos se salven, lo cual Él mismo, sin embargo, quiere, es decir, Él lo dispuso; pero hace que los santos deseen a Dios y al prójimo inspirando amor, por el cual no es inconveniente que se hagan oraciones en la Iglesia por los cismáticos y herejes, también por los judíos y gentiles. La institución divina, la voluntad de Dios, no se llama impropriamente. La institución de Dios se puede dividir en dos, en los preceptos de las Escrituras divinas y en la ley natural: la cual está inscrita naturalmente en el hombre, que es: "Lo que no quieras que te hagan a ti, no lo hagas a otro" (Tob. IV, 16), etc. Quienquiera que se oponga a esto, no guarda la voluntad de Dios. Los preceptos de las Escrituras divinas y las observancias correctas de las Iglesias no se llaman sin razón la voluntad de Dios: a quienquiera que no se someta observantemente, se dice que se desvía completamente de la voluntad de Dios; aunque no puede desviarse en absoluto del orden de su presciencia.

CAPÍTULO III. Elucidación de ciertas ambigüedades a partir de lo dicho.

He aquí que la voluntad de Dios se entiende de cuatro maneras por los doctores maestros, a saber, por la ciencia de Dios; por la voluntad de los santos, que desean caritativamente que los injustos se salven; por la razón humana; y cuarto, por los preceptos divinos. Si alguien considera con el ojo de la mente estos modos, no trabajará más impedido en determinar la voluntad de Dios: sino que, atendiendo con ingenio fiel a la aceptación de la voz, juzgará fácilmente las palabras. Así, cuando se dice, Dios quiere o no quiere que se cometa adulterio o homicidio: estas proposiciones no se contradicen ni se oponen: ambas son verdaderas e indubitables, si alguien atiende fielmente a la múltiple equivocación de esa voz, que es,

quiere. Pues, Dios quiere adulterio, esto es, lo sabe de antemano, lo prevé. De ahí que nadie dude, porque todo lo ve y todo lo sabe de antemano. Asimismo, no quiere, esto es, no lo manda, o no hace que las mentes de los fieles lo deseen inspirando. O no quiere Dios adulterio, es decir, por la fuerza de la razón del alma, por la ley natural dada por Dios, no tenemos que alguien deba ofender al prójimo en esto ni en otra cosa. Según estas determinaciones, cualquiera puede determinar claramente estas voluntades de Dios.

CAPÍTULO IV. Se eliminan otras dudas.

Pero se debe considerar algo bastante más sutil que surge en esta discusión sobre la voluntad. Pues la voluntad del hombre a menudo se adhiere a la voluntad de Dios, pero de ahí el hombre es condenado: también la voluntad del hombre no se adhiere a la voluntad de Dios, y de ahí el hombre es recompensado. Asimismo, el hombre quiere lo que Dios no quiere, y de ahí recibe premio de Dios: el hombre no quiere lo que Dios quiere; y de ahí obtiene alabanza: y de muchas otras maneras esta voluntad puede ser variada por la industria de los sagaces por sí mismos. Pero ahora volvamos a la exposición de lo dicho anteriormente: Dios quiere lo que el hombre quiere; si es dañino, como el homicidio o el adulterio, lo que Dios quiere, esto es, lo sabía de antemano: pero el hombre también es condenado por esta voluntad, pues le está prohibido. Dios quiere que el padre de alguien muera, o quiere la muerte de algún hombre, lo cual el hombre no quiere por afecto natural o compasión del prójimo, y es recompensado por este afecto, si en lo demás no excede la regla de vivir rectamente: en todo, sin embargo, lo que quiere y lo que hace, intenta concordar con la voluntad divina, y no dispone hacer nada contra Él; porque solo entonces es buena la voluntad humana, cuando quiere lo que Dios quiere que quiera: y así concuerda con la divina, que es maestra de la humana.

CAPÍTULO V. Sobre la voluntad divina, eficiente, aprobante, concedente, permitente.

La gran voluntad de Dios es ciertamente incomprensible, como el mismo Dios, contra la cual el hombre quiere, porque no la conoce plenamente: lo cual será en el futuro. En el presente, percibe algunos de sus afectos según la percepción o prohibición, y obedece. En lo dicho anteriormente no es justo entender que se haya dicho algo falso o superfluo, o contra la autoridad de los santos. Pues dice Agustín en el *Enchiridion*, cap. 100: "Por eso la gran voluntad de ese mismo Señor es buscada en todas sus voluntades, de modo que de manera maravillosa e inefable no se hace nada contra su voluntad, lo que incluso se hace contra su voluntad, lo cual no se haría si no lo permitiera, y ciertamente no lo permite sin querer, sino queriendo: ni permitiría que se hiciera el bien mal, si no pudiera, siendo omnipotente, hacer bien del mal. Hay también otra división de esta voluntad. Una puede llamarse eficiente, otra aprobante, otra concedente, otra permitente. La voluntad eficiente en Dios hace lo que quiere, eficiente en el hombre lo que el hombre puede y quiere en el acto mismo. Aprobante es, la que aprueba algo, y esto pertenece al hombre y a Dios. Aprobante en Dios es, la que quiere que todos se salven; pues no prohíbe a nadie, en cuanto a Él, que se salve: más bien, si alguien trabaja para esto, lo aprueba. Es evidente cuál es la aprobante en el hombre. Concedente es, la que concede que algo se haga. Concedente, sin embargo, la voluntad de Dios quiere que el hombre que no ha propuesto algo mejor, tome esposa. La voluntad permitente es, la que permite que algo se haga, aunque a veces desagrade. Y de este modo se dice que Dios quiere los males, que permite que se hagan. De ahí que se diga: "A quien quiere endurece, y a quien quiere tiene misericordia" (Rom. IX, 18). Agustín sobre la ciudad de Dios: "Cuando se dice que Dios cambia de voluntad, para que a quienes era benigno, por ejemplo, se vuelva áspero; ellos más bien que Él cambian, como cambia el sol para los ojos heridos, y de benigno se vuelve áspero de algún modo, y de deleitable se vuelve molesto, cuando Él mismo permanece en sí mismo el mismo que fue. También se dice la voluntad de

Dios, la que hace en los corazones de los que obedecen sus mandamientos, de la cual dice el Apóstol: "Dios es quien obra en vosotros el querer" (Filip. II, 13). Según esta voluntad también se dice querer, lo que Él mismo no quiere, pero Él hace que los suyos lo quieran: así orando por algunos piadosa y santamente inspirados por Él con santa voluntad, y lo que oran no lo hace. Según su voluntad, que es eterna en su presciencia, "todo lo que quiso lo hizo", no solo lo pasado, o lo presente, sino también lo futuro. Gregorio: "Dios quiere que todos los hombres se salven, es decir, nadie se salva, sino aquellos que Él quiere que se salven, o de todo género humano algunos se salvan. O quiere que todos se salven, es decir, no obliga a nadie a ser condenado. También, sobre dejar al cónyuge infiel se debe decir, no lo deje, porque aunque es lícito, no es conveniente. También en el libro Sobre el bautismo de los párvulos: "Así como usar bien de lo malo es bueno, así usar mal de lo bueno es malo."